

MEXICO EN 1860

La revolución de Independencia y la de la Reforma no son dos hechos aislados, diferentes el uno del otro. Si en la primera se luchó por la emancipación, en la segunda por el aniquilamiento del régimen colonial, persistente, a pesar de los años transcurridos, en la vida de la República.

México había aprendido mucho durante este tiempo y sobre todo conoció el dolor de la impotencia cuando los Estados Unidos le arrebataron toda la zona de Texas, territorio en el que ya desde el tiempo de la dominación española había puesto sus miras expansionistas. La guerra resultó un desastre para México, y sólo cuando las fuerzas norteamericanas penetraron victoriosas en la capital de la República, una parte del pueblo se dió cuenta que se había perdido un tiempo precioso en luchas internas y que era necesario reorganizar la vida de la República o sucumbir en la lucha. Esta idea, patrocinada por los hombres de la Reforma, encerraba un peligro: el de perturbar aún más la vida de la nación, ya que los conservadores no habían de ceder en sus pretensiones, ni los que disfrutaban de las ventajas del régimen colonial renunciar a tantos beneficios. Nada detuvo, sin embargo, a aquellos hombres y la historia les ha dado la razón; pero en aquel estado de nuevas perturbaciones iban a encontrar las potencias europeas la gran oportunidad deseada, y España, la del ansiado desquite.

Al abandonar los invasores la ciudad de México, el gobierno liberal tenía que habérselas con un ejército maltrchado, desmoralizado, amante de la bulla y del pronunciamiento, con una hacienda exhausta y con un pueblo inquieto y desengañado por tantos desaciertos y promesas incumplidas.

Los conservadores intrigaban. La federación, mal practicada, había resultado fermento de anarquía. Corrían los meses y los años sin remedio de los males, y éstos favorecían a la reacción, encabezada en aquel entonces (1852) por un hombre de extraordinario valer, historiador escrupuloso, amante del régimen colonial, del que había hecho la apología en una historia, importante historia de la guerra de la independencia, en menoscabo de los héroes mexicanos de la lucha: Lucas Alamán.

La revolución, iniciada en Guadalajara, abolía la Constitución y dejaba el mando al general Santa Anna, hombre fatuo, audaz y en quien México veía la encarnación del valor. Alamán pensaba aplacar la fuerza de Santa Anna y ser él consejero del jefe de Estado, pero murió pronto y el dictador, libre del engorro de un hombre inteligente a su lado, llegó al delirio: siguiendo los pasos de Iturbide se hizo llamar Alteza Serenísima, restableció la orden de Guadalupe creada por el primer emperador de México y convirtió la capital en una parodia de corte de Napoleón III. Los planes de Alamán, claramente definidos en el sentido de restablecer en México la monarquía borbónica¹, y para los cuales se había mandado a España

¹ En 1849 se atribuía a don Lucas Alamán el proyecto de ofrecer la corona de México a la ex Reina Gobernadora, María Cristina. Tanta fué la insistencia de los rumores, que el ministro de España en México, en aquel entonces Juan Antoine y Zayas, solicitó una entrevista con el ministro de Relaciones don José María de Lacunza, a fin de esclarecer el fundamento del rumor. De ello habló al ministro de Estado español en un extenso despacho fechado el 12 de diciembre de 1849. Un año más tarde el mismo ministro comunicaba a España unos rumores, según los cuales

a Manuel Hidalgo para que celebrase conferencias con el gobierno español, estaban ya olvidados. Santa Anna, después de repudiar al ministro de Hacienda, Haro, el único que había tenido valor para hacerle observaciones, se entregaba, con demasiada confianza, en brazos del partido reaccionario y del alto clero, que recobraba la supremacía de los tiempos coloniales.

La revolución contra Santa Anna iniciada (1854) por Ignacio Comonfort, iba cobrando adeptos y triunfaba un año más tarde cuando el dictador abandonó la capital de la República y se refugió, después de lanzar un manifiesto contra los liberales, en el extranjero, en la pequeña isla de Santo Tomás, en donde había comprado una finca suntuosa y desde donde seguirá desde entonces con suma atención los acontecimientos de su patria.

Antes de renunciar —aspecto muy interesante para comprender la mentalidad de los conservadores mexicanos— volvió a acordarse de los proyectos de Alamán y apresuradamente, sin plan fijo, casi sin conciencia de la idea, quiso gestionar de las potencias europeas el establecimiento de una monarquía.

Una vez más estaban los liberales en el poder y nuevamente se desataba la guerra civil. Los liberales iban a emprender su obra: la obra de la Reforma, contra la cual

el "conde de Mirasol se dirigía a México con un ejército de 10,000 hombres a proteger los planes de los monárquicos mexicanos". El gobierno español se oponía y negaba toda intervención de una manera oficial. A pesar de ello el marqués de Miraflores, Primer Secretario del Despacho de Estado, en Real orden cifrada de fecha 1.º de julio de 1851, dirigida al ministro de Su Majestad en México, Juan Antoine y Zayas, decía lo siguiente: "El remedio para cortar la anarquía que devora algunos Estados sería que se estableciese en ellos el régimen monárquico". Añadiendo a continuación: "Pero esta opinión nunca será bastante para decidir a la España a separarse de la línea política que se ha trazado en sus relaciones con las repúblicas de América, y mucho menos para que consienta en aparecer activa y parcial cuando no lo es". (Documentos existentes en el Archivo de la Embajada de España en México).

lucharían el clero, los reaccionarios y una parte del ejército; fuerzas unidas para defender los bienes de la Iglesia y los residuos del régimen colonial. Ante sus escasos recursos pensaron entonces en una intervención extranjera. "España —ha escrito Justo Sierra— era una esperanza; Francia un ensueño"¹. Así se facilitaban las intrigas de Europa y sus deseos de intervenir en México, precisamente cuando el gobierno de Comonfort contaba con hombres capaces y dignos: Benito Juárez en Justicia, Melchor Ocampo en Relaciones Exteriores, Guillermo Prieto en Hacienda.

La presidencia de la República recayó en el antiguo insurgente Juan Alvarez, quien la cedió a Ignacio Comonfort, alma de la rebelión contra Santa Anna. Comonfort fracasó en su intento de conciliar las tendencias. El Congreso Constituyente y la Ley Fundamental del Estado, que el organismo dió al país, no sirvieron más que para profundizar las diferencias. La irreductibilidad se daba en los dos bandos, y la ley de desamortización de los bienes eclesiásticos, decretada por el Congreso, vino a ser la chispa del incendio, fomentado por el papa que condenó la Reforma y la Constitución, actitud impropia de la Iglesia, ya que la alta dignidad nunca supo pronunciar una palabra que facilitara la armonía o humanizase la lucha.

En 1857 la situación era de "veras espantable —ha escrito Justo Sierra—, nada podía volver a sus quicios: conciencias, hogares, pueblos y ciudades, todo estaba profundamente removido. Como las inmensas polvoredas que anuncian en nuestras comarcas las tormentas próximas, así no había ni hacienda, ni aldea, ni ciudad que no estuvieran amagadas por la guerrilla, por el pronunciamiento, por el salteador de caminos"².

Con el fracaso de Comonfort, que había intentado en vano la conciliación, y para lograr la cual llegó a en-

¹ *Ob. cit.* Pág. 304.

² *Ob. cit.* Pág. 314.

tregarse incluso en manos de unos reaccionarios que no pensaron en otra cosa que en humillarlo, la presidencia de la República quedó vacante. Hastiado y vencido, el presidente renunció. Según la Constitución, la presidencia debía pasar a Benito Juárez, presidente entonces de la Suprema Corte de Justicia, pero el clero y los elementos conservadores, al margen del Código fundamental, eligieron su presidente en la persona de F. Zuloaga. Bien pronto había de ceder éste su puesto a Miguel Miramón, ídolo de los militares que hacían la guerra por hacer la guerra y estaban habituados al saqueo, y para los cuales la legalidad representada por Juárez era cosa poco menos que despreciable. Miramón, joven de veintiséis años, prometía victorias y, en un principio, las consiguió. "Era —ha escrito Vasconcelos— un nuevo Santa Anna, pero superior a Santa Anna en cuanto que era un general que ganaba batallas"¹. Había hecho la guerra contra los americanos y también contra Comonfort en 1847.

Benito Juárez, el hombre despreciado en un principio cuando abandonó la ciudad de México seguido de un puñado de idealistas, discutido más tarde y respetado al fin, era hombre de cincuenta y un años, perteneciente a la antigua familia mexicana y del que se ha escrito que se jactaba de ser un zapoteca puro. De humilde familia, a la edad de doce años no conocía la lengua castellana. Había conseguido, gracias a un protector que supo apreciar su talento, distinguirse en el foro y en la política. Su característica principal era el tesón, disimulado tras una fría apariencia de conformismo. No es de extrañar, pues, que al verlo partir de México e instalarse en Veracruz con su gobierno, los militares, el clero y los conservadores se mofaran de su actitud. ¿Cómo iba él, un simple abogado, a destruir y vencer a las fuerzas conjuradas de la reacción?

¹ José VASCONCELOS: *Breve Historia de México*. México 1937, página 445.

Bien pronto habrían de darse cuenta de su error, porque aquel hombre estaba investido de algo que no alcanzaban a comprender sus adversarios: estaba investido de la legitimidad.

De ahí la anomalía de dos gobiernos: el de Juárez y el de Miramón, en armas el uno contra el otro y agotando ambos los ya limitados recursos de la nación.

Los ejércitos que partían de la capital para enfrentarse a los de la legalidad eran despedidos con arcos de triunfo y ovaciones delirantes. México, que agrupaba en su seno lo más destacado del antiguo elemento colonial, con sus vicios y sus privilegios, veía en los soldados de Miramón a los defensores de la fe, de la cristiandad, unos nuevos cruzados que iban —ésta era la triste realidad— a ofrecer sus pechos por intereses ajenos a las banderas enarboladas en la lucha.

Para conseguir dinero, único medio de acabar con la guerra, Miramón, que gastaba sumas fabulosas en desfiles con los que engañaba a los que se dejaban impresionar por el boato y la ostentación, consiguió un empréstito de la banca suíza Jecker, y recibió de esa entidad unos cuatro millones de francos a cambio de bonos del Estado amortizables a plazos determinables. Así pudo, de momento, organizar un nuevo ejército a base de levas forzosas y despertar dormidas confianzas.

Juárez, por su parte, negociaba, por cuatro millones de pesos, un convenio con los Estados Unidos mediante el cual se concedía a la vecina República unas franquicias en Tehuantepec y en una zona de la frontera norte.

Todo esto llega a lo absurdo, pero la pasión ciega muchas veces a los que sostienen las guerras civiles. Miramón, a cambio de la casi despreciable suma, entregaba setenta y cinco millones de francos en bonos del Estado; Juárez había de aceptar un condominio en territorios hasta entonces exclusivamente mexicanos. Sin embargo, hay una

explicación para este absurdo: uno y otro bando se había dado cuenta de que no se podía prolongar la contienda sin provocar una intervención extranjera y en la desesperación se lanzó al abismo, no sin denunciar cada uno de los contendientes el tratado de su adversario.

La guerra, la "Guerra de los Tres Años" como queda consignada en las historias de México, fué adquiriendo todas las tristes características de las contiendas civiles: asesinatos, robos, incendios, fusilamiento de los prisioneros e incluso de elementos civiles. Si los conservadores acentuaron sus tonos de intransigencia¹, los reformistas ampliaron las leyes que se habían dictado bajo la presidencia de Comonfort, y ya no se hablaba de transferencia, sino de confiscación y nacionalización de los bienes del clero.

La turba, el elemento indígena, desviando la lucha, o interpretándola a su manera, saqueaba las iglesias, asaltaba los conventos, prendía fuego a las imágenes. Todo esto había ensombrecido las almas. Justo Sierra, al estudiar este período y estos hechos, se plantea dos interrogaciones en verdad impresionantes: "¿Y por qué aquellos santos no se defendían con milagros, se decían los indígenas llenos de estupor, como en los días de la conquista, cuando habían visto rodar sus ídolos por las gradas de sus teocalis incendiados? ¿Y por qué Dios protegía con la victoria a los impíos, se preguntaba pensativo el artesano, el doméstico de las agrupaciones urbanas?"². Y Dios protegió al indio constante, al hombre del rostro inexpresivo, al "abogado" insignificante que había osado

¹ "Si la revolución no limita sus pretensiones a la política y al ejercicio del poder, si no respeta a la Iglesia, si no deja incólumes los principios eternos de nuestra religión, si no se detiene ante el sagrado de la familia, combatamos a la revolución, sostengamos la guerra, aun cuando se desplome sobre nuestras cabezas el edificio social." Fragmento de una proclama del presidente Miramón.

² *Ob. cit.* Pág. 345.

hacer cara al militar más brillante de aquellos días, a Miramón, quien, de desacierto en desacierto, de error en error, a pesar del reconocimiento que a su gobierno daban ciertas potencias europeas, llegó a la acción inaudita de allanar la casa de un agente inglés apoderándose, por medio de este acto vergonzoso de bandolerismo, de la magnífica cantidad de seiscientos mil dólares, con la que, de momento, hizo frente a su situación desesperada. Ni así pudo vencer a la opinión reformista, extendida ya por todo el país en un anhelo auténtico de romper con todos los precedentes de la época independiente y, principalmente, con el militarismo bravucón y pendenciero.

Juárez, además de la legitimidad —reconocida por el gobierno de los Estados Unidos—, era a los ojos de los sufridos mexicanos el hombre nuevo que quería ampararse en la ley y no en la espada.

El último esfuerzo lo realizaron los conservadores en Calpulalmán (28 de diciembre de 1860). Vencidos, cedieron la capital mientras Miramón se retiraba resignado a La Habana.

Los reformistas habían conseguido al fin la victoria, pero México no alcanzaba todavía la paz; tras de tantos sufrimientos había de recorrer aún el calvario de la intervención.

LA INTRIGA EUROPEA

Cuando en enero de 1861 Juárez se hizo cargo del gobierno de México, se consideró fuerte y con razón: había vencido a las fuerzas conservadoras, muy poderosas por la ayuda del clero, y con las cuales siempre había contado el país. Pero la victoria le obcecó al grado de no resultar capaz de comprender exactamente cuál había de ser la meta de sus resoluciones. Equivocación lamentable fué el desafío que lanzó a Francia y a Inglaterra cuando estas naciones reclamaron por los daños que la guerra había causado en sus súbditos. Las potencias habían puesto en manos del gobierno los bonos de la banca Jecker, y a Juárez, ya en la pendiente de las medidas radicales, confiado en su fuerza y orgulloso de su victoria, no se le ocurrió otra cosa que declararlos nulos y sin valor. Los representantes extranjeros comprendieron que al margen del valor intrínseco que las sumas representaban, aquel acto del hombre frío era una ostentación de desprecio. Y si el desprecio lo soportaban a la fuerza los mexicanos conservadores, no iban a tolerarlo España, Francia —esta última nación en aquel entonces en un renacimiento efímero— e Inglaterra.

La actitud de Juárez facilitó la intriga europea, una intriga que estaba latente desde hacía muchos años en las cortes transatlánticas, olvidada a veces ante los problemas inmediatos, pero siempre presente, ora por los recordatorios de los emigrados mexicanos, ora por delirios de grandeza y de dominio.